

STEVEN ROWLEY

Lily y el pulpo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

EL PULPO

CAMUFLAJE

Viernes por la tarde

Cena del viernes

Viernes por la noche

Sábado al caer la tarde

Domingo, 4.37 de la mañana

Domingo por la noche

EL INVERTEBRADO. CINCO AÑOS ANTES

Atascados

La columna vertebral

Por los viejos tiempos

Me temo que es imposible negarlo, / solo soy un diente de león

El Tonga Room y el Hurricane Bar

Los votos matrimoniales

Aprieta más

LA SUCCIÓN

Lunes

Martes

Viernes

Domingo

Lunes

Miércoles por la noche

Lista completa de los apodos de Lily

Sábado

TINTA

1

2

3

4

5

6

7

8

LA ZONA PELÁGICA

Fishful Thinking

La vieja dama y el mar

Cicatrices y estrellas

Medianoche

La borrasca

La caza

Nos ahogamos

EL INFINITO

Las ocho de la mañana
Las nueve de la mañana
Las diez de la mañana
Las once de la mañana
Mediodía
La una de la tarde
Las dos de la tarde
Las tres de la tarde
Las cuatro de la tarde
Las cinco de la tarde
Las nueve de la noche
Las once de la noche

TRES CORAZONES

Agosto
Agradecimientos
Créditos
Notas

Para Lily

LA LEY DE LOS LOBOS

Esta es la Ley de la Selva,
vieja y real como el cielo;
y el Lobo que la observe prosperará,
pero el Lobo que la viole debe morir.
Como la trepadora que adorna un tronco,
la Ley avanza y retrocede;
pues la fuerza de la Manada es el Lobo,
y la fuerza del Lobo es la Manada.

RUDYARD KIPLING

El pulpo

Lo veo por primera vez un jueves. Sé que es jueves porque mi perra Lily y yo reservamos los jueves por la noche para hablar de chicos que nos parecen guapos. En años reales, Lily tiene doce, o sea, ochenta y cuatro años caninos. Yo tengo cuarenta y dos, es decir, doscientos noventa y cuatro años de perro, pero para mis doscientos noventa y cuatro parezco bastante joven, porque estoy en muy buena forma y son muchos los que me dicen que podría tener doscientos treinta y ocho, es decir, treinta y cuatro años humanos. Digo esto sobre nuestra edad, la de Lily y la mía, porque los dos somos un poco inmaduros y suelen gustarnos los chicos más jóvenes. Y tenemos largas conversaciones sobre los Ryans. Yo soy un tío más de Gosling; Lily, en cambio, es una chica Reynolds, aun cuando sea incapaz de mencionar una sola película de Reynolds que le gustaría ver dos veces. (A Phillippe lo dejamos hace años; no nos poníamos de acuerdo sobre cómo pronunciar su nombre. ¿Fil-íp? ¿Fi-li-pé? Y también porque ya no trabaja tanto.) Después vienen los Matts y los Toms. Tanto nos da hablar de Bomer, Damon, Brady o Hardy, eso va según nos haya ido la semana. Por último, los dos Bradleys, Cooper y Milton, este técnicamente mucho más viejo y muerto y enterrado hace tiempo, y la verdad es que no sé por qué mi perra no deja de sacarlo a colación, salvo que se deba a que le encantan los juegos de mesa, a los que, por lo general, dedicamos los viernes.

En cualquier caso, ese jueves en concreto hablamos de los Chris: Hemsworth, Evans y Pine. Como quien no quiere la cosa, Lily sugiere que también metamos en el saco a Chris Pratt, y en ese momento veo al pulpo. No ocurre todos los días que veas un pulpo tan cerca, y mucho menos en la sala, y muchísimo menos en la cabeza de tu perro como un sombrerito de esos de fiesta de cumpleaños. Y, claro, me quedo estupefacto. La visibilidad es buena, pues Lily y yo estamos sentados uno en cada extremo del sofá. Ella tiene un cojín, yo tengo otro; yo me siento estilo indio, ella encima del cojín en una pose más parecida a la del león de la Metro.

—¡Lily!

—No es obligatorio incluir a Chris Pratt, solo ha sido una sugerencia —dice mi perra.

—No... ¿Qué es eso que tienes en la cabeza? —pregunto, y veo que dos tentáculos del pulpo le cuelgan como un barboquejo.

—¿Dónde?

—¿Cómo que dónde? Ahí. En la sien derecha.

Lily no dice nada. Me mira un momento a los ojos y ni ella ni yo apartamos la vista, hasta que al final se decide a hacerlo para mirar al pulpo.

—Ah. ¿Eso?

—Sí. Eso.

Me inclino al instante y la cojo por el morro como solía hacer cuando era cachorra y ladraba mucho; tanto la emocionaba la mera existencia de cada cosa nueva que iba descubriendo, que no podía evitar entonar su entusiasmo con notas agudas y en *staccato*: ¡MIRA! ¡ESTO! ¡ES! ¡LO! ¡MÁS! ¡ALUCINANTE! ¡QUE! ¡HE! ¡VISTO! ¡ESTAR! ¡VIVA! ¡ES! ¡GENIAL! Una vez, cuando empezamos a vivir juntos, mientras yo me duchaba, se las ingenió para llevar todos mis zapatos a lo alto de la escalera —y eso que calzo un cuarenta y seis—, tres puertas más allá. Cuando le pregunté por qué, contestó con absoluta convicción: ¡ESAS! ¡COSAS! ¡QUE! ¡TE! ¡PONÉS! ¡EN! ¡LOS! ¡PIÉS! ¡TIENEN! ¡QUE! ¡ESTAR! ¡MÁS! ¡CERCA! ¡DE! ¡LA! ¡ESCALERA! Rebosaba de vivacidad e ideas.

La acerqué un poco a mí y le giré la cabeza para verla bien de lado y con detenimiento. Cuando se molesta por algo, como una atención excesiva que no desea, o cuando le fastidia mi torpeza de humano grande y estúpido, Lily me dedica la peor mirada de refilón de la que es capaz.

El pulpo está bien agarrado, aferrado con fuerza a la cabeza de Lily, encima de un ojo. Tardo un minuto, pero al final me armo de valor y lo pincho. Es más duro de lo que había imaginado. Más que un globo de agua parece un... hueso. A primera vista es subcutáneo, pero ahí está, al aire libre para que todo el mundo lo vea. Cuento los tentáculos, le doy la vuelta a la cabeza de Lily; no cabe duda, tiene ocho. El pulpo, además de fuera de lugar, parece enfadado. Puede que *agresivo* sea el término más exacto. Como si estuviera anunciándose y quisiera quedarse porque le gusta esta habitación. No voy a mentir. Asusta y confunde por igual. En alguna parte vi una vez un vídeo de un pulpo que se camuflaba tan bien en el lecho del mar que era completamente indetectable... Hasta que pasaba por allí un desdichado buccino o un pobre cangrejo o un caracol, y el temible octópodo saltaba y golpeaba con una precisión mortal. Recuerdo que volví a ver ese vídeo una y otra vez; quería descubrir al pulpo camuflado. Después de verlo no sé cuántas veces, y aun sin poder ver íntegra la forma del pulpo, pude reconocer su presencia, percibir su energía, su manera de acechar, la intención de abalanzarse sobre su presa. Y, una vez visto, era imposible no verlo, aun cuan-

do siguiera impresionando esa habilidad para esconderse tan bien a la vista de todos.

Este también es así.

Ahora que lo he visto, ya no puedo no verlo; el pulpo le desfigura a Lily toda la cara, una cara que para mí siempre ha sido tan bonita, un perfil canino noble y clásico traicionado apenas por un ridículo cuerpo de salchicha. Pero ¡qué carita! Una simetría perfecta. Cuando le estiraba las orejas hacia atrás, parecía un bolo recubierto de una suavísima piel caoba. Pero ahora se parece menos a un bolo en plena forma y más a uno gastado e inservible después de quién sabe cuántas partidas; en la cabeza de Lily hay un bulto que parece haber sido el bolo número uno en una formación de diez.

Lily me suelta por las narinas dos resuellos algo coléricos, y caigo en la cuenta de que sigo sujetándola por el morro. Consciente de que semejante indignidad la pone furiosa, la suelto.

—No quiero hablar de esto —dice, y baja la cabeza para rascarse algo que parece picarle en la panza.

—Pero yo sí.

Principalmente quiero hablar de cómo es posible que no lo haya visto antes. De cómo he podido ser el responsable de todos los aspectos de su vida cotidiana y su bienestar —comida, agua, ejercicio físico, juguetes, chuches, cuidarla por dentro, por fuera, medicamentos, sus necesidades fisiológicas, diversiones, arroparla, darle cariño, amor— y no darme cuenta de que tiene un pulpo en la cabeza, un pulpo que aumenta de tamaño de una manera alarmante. *El pulpo es un maestro del disfraz*, me recuerdo a mí mismo; *lo que pretende es seguir oculto*. Pero incluso al decírmelo para mis adentros me pregunto por qué me permito salir del atolladero tan fácilmente.

—¿Duele?

Un suspiro. Lily suelta aire. Cuando era más pequeña, hacía el mismo ruido mientras dormía, por lo general justo antes de que las piernas empezaran a moverse aceleradamente, el preámbulo de un dulce sueño en el que cazaba ardillas o pájaros o excavaba en la arena caliente de una playa dorada e interminable. No sé por qué, pero pienso en Ethan Hawke respondiendo el clásico cuestionario de Bernard Pivot con que terminaban todas las emisiones de *Inside the Actors Studio*:

—¿Qué sonido, qué ruido te gusta?

Los suspiros de los cachorritos, había dicho Ethan.

¡Sí! Esa yuxtaposición maravillosa. Cachorros y suspiros. Como si cuando duermen calentitos, sintieran algún pesar o se quejasen por

algo que los hastía o los exaspera. ¡Y, sin embargo, viven suspirando! Exhalaciones tiernas, inocentes, pero este suspiro de Lily es otra cosa. Suspira veladamente, diría yo. Para el oído no entrenado podría ser imperceptible, pero la conozco todo lo bien que en mi opinión es posible conocer a otra cosa viviente y lo percibo. Es un suspiro pesado. Un crujido. En su mundo también hay preocupaciones, algo le pesa en los hombros.

—¿Duele? —vuelvo a preguntarle.

Tarda en contestar.

—A veces —dice, después de una larga pausa y algunas consideraciones.

Lo mejor de los perros es esa manera que tienen de saber cuándo los necesitamos más; es entonces cuando dejan todo lo que están haciendo para hacernos un rato de compañía. No hace falta que le insista más. Puedo hacer lo que ella ha hecho por mí infinidad de veces, cuando he tenido mal de amores o he estado enfermo, deprimido, o en mis días de malestar o desazón general. Puedo sentarme a su lado en silencio; nuestros cuerpos se tocan lo suficiente para generar calor y compartir la vibrante energía de todas las cosas vivas hasta que la respiración se vuelve más lenta y adquiere el ritmo paralelo que nunca ha faltado cuando estamos juntos en completo silencio.

La levanto cogiéndola por la piel de la nuca como imagino que una vez hizo su madre para llevarla de un lado a otro cuando era recién nacida.

—Parece que va a hacer viento —le digo. Mirando al pulpo desde arriba todo lo que me atrevo, temo que esa afirmación contenga más verdad de la que me gustaría. Casi siempre lo digo para animar a Lily a que diga su frase preferida de *Elizabeth: la Edad de Oro*. La verdad es que ninguno de los dos ha visto esa película, pero en los anuncios oímos ese diálogo miles de veces cuando estaba en cartelera y nos moríamos de risa cada vez que Cate Blanchett bramaba y montaba un pollo en su papel de la Reina Virgen. Mi perra la imita mejor que nadie.

Lily se anima un poquito y exclama en el momento justo:

—¡Yo también puedo gobernar el viento, señor! ¡Hay un huracán dentro de mí que arrasará España si osáis desafiarne! ¡Que vengan con todas las huestes del infierno! ¡No pasarán!

Es un esfuerzo que Lily hace por mí, y lo hace muy bien; pero si he de ser franco, sabe hacerlo mejor. Es probable que instintivamente ya sepa algo que yo veo cada vez más claro: ella es el buccino, el cangrejo, el caracol.

El pulpo tiene hambre.
Y se la va a comer.

Camuflaje

VIERNES POR LA TARDE

La consulta de mi terapeuta está pintada de un color que recuerda el de la mantequilla sin sal. Sentado ahí, en el sofá que tiene ese muelle roto que lo hace endemoniadamente incómodo, a menudo he pensado en meter toda esa habitación en un bol con azúcar moreno, harina, vainilla y pepitas de chocolate. Cuando estoy enfadado por algo, y sobre todo cuando tengo la sensación de saber más que los que me rodean, daría mi reino por unas galletas. Crocantes por fuera, esponjosas por dentro, galletas con pepitas de chocolate, recién horneadas, calentitas, con el chocolate blando pero no fundido. No sé de dónde me viene ese antojo, pero hay unas palabras de Triki, el Monstruo de las Galletas, que nunca se me han ido de la cabeza: «Hoy viviré el presente, a menos que sea desagradable; si la cosa se pone fea, me comeré una galleta.» Si bien no tomo todos mis mantras de esos monstruos azules con ojos saltones cuya sintaxis es absolutamente dudosa, este ha arraigado. Y últimamente voy loco por las galletas.

Mi terapeuta se llama Jenny, un nombre no muy adecuado para una terapeuta, la verdad sea dicha. Jamás. Para una gimnasta, quizá, y sin duda también para la mujer de Forrest Gump, o para una empleada de una de esas fábricas de helado de yogur, un autoservicio donde uno mete la cantidad que quiere en la tarrina y lo único que ella tiene que hacer es pesarla y aun así la chica piensa que hace un trabajo duro. Pero para una terapeuta no. Lo que pasa es que no creo que la gente se tome a las Jennys en serio. Un buen ejemplo: yo, sin ir más lejos, me llamo Edward Flask, pero la gente me llama Ted. Es algo en lo que insistí después de que el desafortunado apodo «Ed el Especial» me persiguiera durante toda la escuela primaria por ser yo tan tímido. Veo que Jenny ha garabateado mi nombre, de su puño y letra, en un bloc de notas amarillo que tiene en el regazo, pero la *T* de *Te d* parece escrita en negrita; está claro que la añadió ella al recordar que nadie me llama Ed. ¡Y eso que llevo meses yendo a su consulta! No obstante, estas sesiones entran en el seguro y Jenny tiene la consulta no lejos de mi barrio (al menos para las distancias de Los Ángeles). Siempre saca las conclusiones erróneas, pero, para entender lo que necesito saber sobre mi vida, he aprendido a aceptar esos consejos que no tienen ni pie ni cabeza y a filtrarlos por la mente de un terapeuta imaginario y mucho

más inteligente. Eso así, a secas, puede parecer disfuncional, pero a mí me funciona.

Empecé la terapia después de mi última separación, hace un año y medio, después de seis años juntos y puede que dos años más tarde de lo que habría debido. Nos conocimos en el New Beverly Cinema al final de un pase de *El apartamento*, de Billy Wilder, y discutimos sobre los méritos de la película. Jeffrey era inteligente –tan inteligente que hasta daba miedo– y apasionado. Cuando yo pali-decía hablando de temas como la infidelidad y el adulterio –véase *El apartamento*–, Jeffrey me recordaba con insistencia el amor que profeso a otra película de Wilder, *La tentación vive arriba*.

Al principio, su carisma convertía en adicción el mero hecho de estar cerca de él, pero con el tiempo me di cuenta de que también era una fachada. En su interior habitaba un niño herido. Había crecido huérfano de padre; yo entendía, por tanto, que viviera buscando una validación, y esa necesidad suya me resultaba atractiva. Lo humanizaba. Hasta que empezó a tolerar las intrusiones de ese niño. Pataletas. Numeritos. Necesidad de controlar cosas que no eran asunto suyo. Pero no podía evitar seguir siendo ese niño herido y yo lo quería, y por eso siempre pensé que las cosas mejorarían. Hasta que una mañana desperté y oí uno de esos rebatos de la vida: me merecía algo mejor. Y por la noche le dije que lo dejaba.

Después de más de un año sin salir con nadie, por fin me he decidido a volver al mercado. A meter los dedos de los pies en aguas pasadas, aunque creía que desde entonces me había ido apartando río abajo. Jenny me pregunta por ese punto.

–¿Cómo va eso?

–¿Eso?

–Sí.

–¿Lo de salir y...?

–Ajá.

Es lo último de lo que quiero hablar. El pulpo me tiene agarrado por la cabeza casi con la misma fuerza con que se aferra a la de Lily. Y sin embargo no me decido a hablarle a Jenny sobre esa visita no deseada. Al menos no de momento. No puedo enseñar las cartas, dejar al descubierto el miedo que da el pulpo y oírla decir todas esas sandeces que no debería decir, pues no me cabe duda de que lo hará. Jenny. No puedo hacer su trabajo por ella; con el pulpo no. Preferiría hacer su trabajo *sin* ella, lo que por ahora significa guardarme la novedad para mí.

Ni siquiera tendría que haber venido, no debería haber dejado a Lily sola con el pulpo, pero la luz del sol entraba a raudales por las

ventanas de la cocina, exactamente como a ella le gusta, y pensé que los largos rayos del final de la tarde la calentarían más que de sobra para que durmiese un buen rato. No pude conseguir hora en el veterinario hasta el lunes, y, no sé, por alguna razón me parece que el sol podría ser beneficioso. Que podría irradiar a nuestro visitante, deshidratar a ese pez fuera del agua.

–¿Los pulpos son peces? –pregunto sin querer en voz alta.

–¿Si los pulpos son qué?

–Peces. ¿Los clasifican entre los peces?

–No. Creo que son cefalópodos.

Quién habría imaginado que Jenny iba a saber algo así. Probablemente fue una niña que de pequeña quería ser bióloga marina pero que, cuando ingresó en la universidad, se enamoró como una tonta de un profesor de psicología con unas manazas bien masculinas y un nombre que podría ser Chad. Me gustaría estar tumbado en el suelo, al sol, hecho un ovillo, al lado de Lily. Ojalá pudiera acariciarla como cuando era cachorra para decirle que no se preocupe por nada, que todo irá bien mientras yo esté ahí. Ahí tendría que estar, no aquí.

–Bueno. ¿Qué me cuentas de tus... citas?

Con esa pregunta, Jenny me trae bruscamente de vuelta a la realidad.

–¿Mis citas? No sé. Bien. Nada nuevo. Soporífero.

–¿Soportable? –pregunta.

–No. He dicho soporífero. –Por dios, quiero galletas–. Soporífero. Ya sabes, tedioso. Una pesadez.

–¿Y eso por qué?

–Porque es así.

Galletas.

–Siempre es interesante conocer gente nueva, ¿no? ¿No puedes verlo desde ese ángulo?

–Podría –digo. Prefiero ser tozudo y dejarle bien claro que no lo veo desde ese ángulo ni lo veré. No sé si soy yo el que falla... Es posible que no esté preparado para salir con alguien. No sé si son ellos... Es posible que los buenos ya estén ocupados. No sé si es por mi edad. Los Ángeles es un País de Nunca Jamás de Chicos Perdidos que viven pavoneándose y luciendo el palmito y que muy rara vez demuestran tener eso que se llama cerebro. Empecé con entusiasmo y puse lo mejor de mí en el empeño, pero no tardé en encontrarme con una sarta de primeras citas y encuentros en los que ya no podía recordar si la historia que contaba ya la había contado o si era algo que le había contado a un chico una o dos noches